

Guy, Donna (2016): *Creating Charismatic Bonds in Argentina: Letters to Juan and Eva Perón*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 184 páginas.

El libro de Donna Guy se organiza sobre el concepto de *vínculo carismático* que alude a las relaciones emocionales gestadas bajo el imperio de la política. Con este propósito la autora explora la historia del concepto y admite que los estudios relativos al primer peronismo tuvieron una carga peyorativa en tanto tomaba como vértice central la personalidad del líder. Tal construcción sugería una mirada desde arriba sobre la que se fundaron la leyenda negra antiperonista y los posteriores estudios sobre el clientelismo, lente muy utilizada para explicar la adhesión popular al peronismo. Posteriormente, este concepto adquirió mayor complejidad cuando se admitió que el vínculo carismático implicaba una relación interactiva que transmitía valores y objetivos, aunque como señala Donna Guy, se mantuvo la mirada desde arriba al tratarse de una relación asimétrica entre el líder y las masas.

Apartándose de estas perspectivas el libro de Donna se detiene en las personas de a pie, sobre todo en aquellas que residían en puntos remotos de la Argentina con pretensión de ser reconocidos y atendidas sus demandas a través de las cartas. Los requerimientos fueron enormes, según el diario *Democracia* Eva Perón recibía 12.000 cartas por día, aunque

la autora supone que el número de misivas fue menor.

Las cartas son analizadas según los pedidos y los años en que fueron enviadas. Un capítulo refiere a la solicitud de pensiones o subsidios que entroncaban en la arraigada tradición de peticiones que los humildes realizaban desde el siglo XIX. En este rubro se destacan las cartas suplicantes, algunas aludían a una suerte de *maternalismo sentimental*, expresión de Omar Acha que utilizo porque se trata de una caracterización acertada. Algunas misivas habían probado antes el camino de la Sociedad de Beneficencia, posteriormente se orientaron al circuito de Eva Perón o usaron ambas vías. Como aclara Donna Guy no se había armado aún un trayecto institucional claro para enmarcar las solicitudes de pensiones y subsidios, la mayoría de los pedidos se canalizaron por la Fundación Eva Perón (FEP) hasta 1951, luego se interrumpió ese circuito con el declive de la FEP. Donna Guy se había encontrado con estas cartas cuando realizó su investigación sobre la Sociedad de Beneficencia y algunos de los pedidos son analizados en su libro *Las mujeres y la construcción del Estado de Bienestar*.

Otro grupo de cartas son aquellas impulsadas por Perón durante el Primer Plan Quinquenal. En este tramo participan asociaciones de distinto tipo y sindicatos. El universo de demandas es naturalmente heterogéneo: escriben arrendatarios o propietarios sobre la situación de los arriendos, sobre planes de coloniza-

ción en Corrientes, la construcción de escuelas en lugares alejados. Estas cartas discutían aspectos concretos de la política del peronismo, por lo general eran optimistas en lo referente al porvenir del país, adoptaban un marcado tono patriótico fundado en el desarrollo nacional y expresaban su respaldo partidario. A diferencia de las charlas junto a la chimenea de Roosevelt, quien se dirigía a la población para evadir la intermediación de la prensa que podía tergiversar su mensaje, en el caso del peronismo los que escriben se dirigen al gobierno con el convencimiento de ser escuchados.

En ocasión del Segundo Plan Quinquenal de 1952, Perón realizó una interpelación pública a los ciudadanos a quienes les solicitó el envío de sus inquietudes a través de cartas. La respuesta fue contundente, las 19.000 misivas que se encuentran en el Archivo General de la Nación, en el Fondo de la Secretaría Legal y Técnica constituyen un testimonio elocuente de la amplitud de las réplicas. Las misivas son una fuente privilegiada para estudiar un amplio abanico de problemas. Omar Acha las utilizó para constatar la vitalidad de las asociaciones civiles y su imbricación en una sociedad política hegemonizada y significada por el gobierno peronista, incluso con las mismas fuentes exploró aspectos de la sentimentalidad peronista;¹ Elisa Pastoriza las consultó para descifrar los sentidos del turismo social en los sectores populares² y Rosa Aboy las analizó para interpre-

tar las expectativas y demandas generadas en torno a la vivienda popular.³

Los sindicatos, asociaciones y ciudadanos comunes elaboraron cartas solicitando múltiples demandas, reforma agraria, escuelas para comunidades rurales, viviendas, congelamiento de precios, incluso daban conocer inventos asombrosos y extravagantes. La interpelación involucró a niños que pedían ubicación en internados, a padres que requerían la internación en reformatorios con el convencimiento de que sus hijos podrían estar mejor en instituciones estatales. Detrás de estas cartas emergen disímiles situaciones familiares, además de la dura vida de hombres y mujeres, convencidos que la comunicación oficial podía sortear sus estrecheces y carencias.

Donna Guy asume que en la formación del vínculo carismático la correspondencia tenía un papel complementario. La práctica de la escritura forjaba la formación de fuertes vínculos donde emergía la compleja trama de la relación. De los casos analizados se advierte que las personas insisten con sus cartas, incluso informan que reiteran el pedido. Las cartas entraban en un circuito enmarañado, con ellas se formaba un expediente que era examinado y analizado por trabajadores sociales. Estos funcionarios constituyen mediadores claves porque resolvían la aceptación del pedido, ubicaban a la persona, constataban la veracidad de la situación informada, finalmente redactaban un informe sobre la pertinencia

de la demanda (pensiones, trabajo, vivienda, edificación de escuelas, demandas de internados para niños, etc.). Como puede observarse se edificó una estructura para atender esas cartas, que simbolizaban la voluntad de la persona de evadir la vía burocrática apelando a la comunicación escrita. No obstante, varias de las misivas eran re-direccionadas a distintas agencias del Estado. De modo que, a través de los casos, emerge un ejército de mediadores cuyos informes se registran en los expedientes. Donna Guy señala con agudeza que algunos pedidos naufragaron debido a los reparos de las burocracias provinciales. Así se estableció una red contradictoria, que se analiza en un apartado del libro denominado “Los límites del Estado”, en tanto la FEP y el estado nacional no desafiaron las decisiones tomadas por agencias provinciales ante pedidos de información, o solución favorable de los casos.

El libro examina la ficción del vínculo carismático, la construcción sin mediadores, puesto que la relación en el terreno de la correspondencia epistolar se forjó a través de una red que era la que permitía la asignación y distribución de bienes y favores. Esta vía pudo ser útil para personas carentes de toda cobertura (sindical o estatal) que vivían en lugares alejados de los núcleos urbanos, cuyas necesidades no podían ser cubiertas por la administración provincial, municipal o comunal.

La otra pregunta ¿Cuánto podía durar esa relación epistolar? Donna Guy considera que en 1952 se ero-

sionó la eficacia del vínculo carismático con la muerte de Eva Perón. Su fallecimiento habría derrumbado el “puente de amor” labrado entre ella y sus pobres. El envío de cartas concluye en 1952.

El concepto de *vínculo carismático* podría encerrarnos en una suerte de prisión metonímica, es decir nos podría inducir a identificar el signo por la cosa significada (peronismo con peronista) y condenarnos a un pensamiento circular donde prima la voz del dirigente, analizando la relación en términos de desigualdad y jerarquía. No obstante, Donna Guy sortea estos peligros con sutileza al centrarse en la voz de los que escriben las cartas, fuentes que nos internan en un universo subjetivo. Realiza un análisis de las prácticas, valores y sentimientos que traslucen nociones sociales de comunidad inclusiva, con sentidos de igualdad y derechos. Esta mirada nos remite también a una particular relación popular con el Estado, que se construye de una manera burocrática, pero también se experimentan de manera personalizada a nivel subjetivo. En suma se trata de un libro importante que nos permite entender al peronismo como una cultura popular en transformación.

María Celia Bravo

Instituto Superior de Estudios Sociales
(ISES, UNT - CONICET)

¹ ACHA, Omar (2013): *Crónica sentimental de la Argentina peronista: Sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955*, Buenos Aires, Prometeo; ACHA,

Omar (2004): "Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 44, 174.

² PASTORIZA, Elisa (2011): *La conquista de las vacaciones. Breve historia del turismo en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.

³ ABOY, Rosa (2005): *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

FERNANDES DE OLIVEIRA, Milena (2014): *O mercado do prestígio. Consumo, capitalismo e modernidade na São Paulo da "Belle Époque" (1890-1914)*, São Paulo, Alameda, 438 páginas.

LA obra que nos ocupa, *O Mercado do prestígio*, constituye un valioso aporte que permite aproximarse a la conformación de un capitalismo periférico a partir del consumo en el núcleo urbano que en el período considerado se constituye como centro económico y financiero de una economía primaria en expansión, el Brasil. Si el estudio de caso tiene en sí mismo gran relevancia, el enfoque que adopta Milena Fernandes de Oliveira no es menos interesante por su carácter innovador y es muy probable que deje una importante estela en la historiografía latinoamericana.

La obra comienza ubicando acertadamente la problemática en el marco de un renovado debate sobre los orígenes de capitalismo y de

la revolución industrial, en particular en las discusiones sobre el papel que el consumo (y su manifestación como demanda) habría jugado en las transformaciones de las estructuras productivas. En esta línea se retoman los aportes de David Landes y Neil McKendrick y se remite a un amplio espectro de autores que en diferentes momentos se han ocupado de la materia, desde Carlos Marx a Thomas Piketty, pasando por Maurice Dobb, Paul Sweezy, Fernad Braudel, Norbert Elías, Eric Hobsbawm, Josep Fontana, Daniel Roche, Jean Baudrillard, entre otros, una prolija exposición del estado del arte que provee de un sólido sustento teórico a la investigación.

Naturalmente, no falta una pormenorizada indagación historiográfica sobre la relación entre demanda y oferta, consumo e industrialización en Europa y Norteamérica, a partir de la cual la autora se introduce en el caso paulista, en el cual indaga la construcción de la urbe, su modernización y embellecimiento, los avances tecnológicos y la emergencia de nuevas costumbres de la vida cotidiana, tanto en la esfera pública como en la privada. Transformaciones que se manifiestan en distintas novedades, como la utilización de maquinaria, el abaratamiento de costos, el mejor manejo del tiempo, el higienismo, la alimentación y la moda.

La eclosión de la economía cafetalera fue clave en este proceso que abrió la puerta a Brasil al capitalismo y al mundo moderno. El fenómeno alteró radicalmente el orden de las

clases sociales, antes divididas en Brasil a *grosso modo* en hombres libres y esclavos. La transición del trabajo esclavo al trabajo libre, la conformación de nuevas formas de propiedad y de nuevas relaciones de producción, dieron –en el marco de la expansión cafetalera– paso a una división entre campo y ciudad, en la que se multiplicaron las formas de enriquecimiento y se debilitó la profunda rigidez que separaba en los períodos colonial e imperial a los estratos sociales, dando lugar a una relativa movilidad social.

De ese modo, aparecen como actores privilegiados del proceso la emergente élite cafetalera del oeste paulista, sus hijos transformados en profesionales liberales y “los nuevos ricos”, un gran caudal de inmigrantes que hicieron fortuna en el comercio. Por su parte, las clases más bajas continuaban vinculadas al modo de producción doméstico, de subsistencia, con una dinámica de consumo pre capitalista, la que cohabitó con la dinámica exclusivamente capitalista de la ciudad. En este contexto la autora presenta y analiza con suma destreza los conflictos de clase que brotaron de la nueva jerarquización social que alteró radicalmente el orden social paulista.

Fue el ascenso del café como principal producto de exportación del país lo que otorgó a la ciudad de San Pablo en tiempos del inicio de la República (1889) una gran importancia. Como contrapartida, la decadencia del Valle de Paraíba supuso el fin de una explotación de tipo extensiva y esclavista y dio inicio a la explotación

con mano de obra libre de las fértiles tierras del oeste: Sao Pablo se convirtió en centro comercial y financiero del país.

Valiéndose de una amplia variedad de fuentes, literarias, periódicas, de memorias, estadísticas, cartográficas y, especialmente, publicidades –que retratan el ingreso de San Pablo a la modernidad y a las nuevas prácticas de consumo–, Fernandes de Oliveira construye un relato apasionante sobre la modernización de la ciudad y la introducción en ella de nuevas fuentes de energía (carbón, gas, electricidad), nuevas técnicas productivas, canales, vías férreas, puentes, viaductos, el telégrafo, prensa diaria, etc., a la vez que se redefinía la organización espacial que requería la industrialización. Tanto la imagen como los antiguos modo de vida se habían transformado de manera substancial. La vida urbana alteró la cotidianidad de los habitantes, creó nuevas necesidades y con ellas nuevos gustos, por lo que el consumo pasó a ser una esfera de construcción de las distancias sociales, siendo la principal fuente de pertenencia/diferenciación.

Lo interesante del caso paulista es cómo los nuevos aspectos de esa sociedad moderna y urbana pervivieron al lado de elementos del pasado colonial. De este modo, la combinación de estos rasgos modernos y arcaicos confirió trazos particulares a la naciente dinámica capitalista de consumo. En este sentido, la autora afirma que para la elite paulista el consumo funcionó como una herramienta “ci-

vilizadora”, en tanto fue usada para superar el pasado colonial identificado con el atraso. La apropiación de culturas extranjeras –inglesa y francesa– fue la lógica contracara, en el contexto periférico, del desprecio a la herencia portuguesa, blanco de críticas y símbolo del *status* colonial.

El análisis de Fernandes de Oliveira también destaca algunas de las contradicciones surgidas durante el proceso de modernización, que se expresaban a través de limitaciones materiales (las dificultades del desarrollo industrial) y socioculturales. Así, por la carencia de una gran industria y por la falta de productos nacionales de calidad, la élite recurrió a la importación de productos de lujo, cuyo consumo fue sinónimo de status y de diferenciación social. Como fenómeno paralelo y bajo el incentivo de la generalización de nuevos patrones de consumo, se difundieron prácticas de falsificación, imitación o copia que hicieron posible el acceso a las clases pobres a productos característicos del consumo de las clases altas.

Desde una dimensión territorial, la modernidad capitalista de San Pablo se concentró en el “Triángulo comercial” ubicado –en el centro de la ciudad– entre las calles la *direita*, *XV de Novembro* y *São Bento*. Allí se condensaba la vida política, social, económica y cultural, se ofrecían todo tipo de productos (tradicionales nacionales y novedades importadas) y lo último de la moda europea: alimentos, licores, perfumes, joyas, zapatos, vestidos, libros e instrumentos varios. Un lugar de compra, de paseo

y de sociabilidad tanto para la élite y como para la bohemia paulista.

Estos habrían sido algunos de los rasgos, analizados desde la novedosa perspectiva de la historia del consumo, que Milena Fernandes de Oliveira identifica en las viviendas, el mobiliario, la vestimenta y el ocio paulista. Una nueva y atrapante forma de ver el ingreso del Brasil al mundo capitalista en tiempos de la *Belle époque*.

Eugenia Crusco

Instituto Superior de Estudios Sociales
(ISES, UNT - CONICET)

ZUCMAN, Gabriel (2015): *La Riqueza Escondida de las Naciones: Cómo funcionan los paraísos fiscales y qué hacer con ellos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 144 páginas.

PESE a la casi nula significación que el pensamiento económico mayoritario otorgó en los últimos cuarenta años al tratamiento de la cuestión de la distribución del ingreso, desplazada olímpicamente de la preocupación de los economistas ortodoxos concentrados casi exclusivamente en el tema del crecimiento, la creciente desigualdad que exhibe hoy la economía mundial, donde el 1% más rico de la población tiene más ingresos y riqueza que el 99% restante, tornó insostenible el silenciamiento de lo que es, para muchos, el principal problema de la economía globalizada actual: un grado de concentración de ingresos del que no se tenía

memoria desde hace un siglo. Frente a este aplastante dato, que el libro de Thomas Piketty puso crudamente a la vista de todo el mundo, la sensación de injusticia distributiva no hizo más que crecer en los últimos años, no sólo en los países más pobres sino, sobre todo, en buena parte de los países económicamente más avanzados. Fenómenos tan llamativos como el llamado “Brexit” en Inglaterra o el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos solo pueden explicarse cabalmente si se reconoce el hastío que manifiesta la población de esos países y la percepción, con toda claridad, de que lo que el mundo produce hoy (suficiente, por lo demás, para que todo el mundo pueda, por primera vez en la historia de la humanidad, tener acceso a los bienes y servicios que se necesitan para lograr una vida materialmente plena), se reparte de manera flagrantemente injusta.

La percepción de inequidad en la distribución del ingreso está hoy en la raíz de los mayores problemas socioeconómicos que acosan a un mundo en crisis. Frente a esto, la vertiente más extrema del pensamiento económico tradicional insiste en predicar que se trata del resultado natural y óptimo del funcionamiento virtuoso de una sociedad de mercado. Cualquier intento de cobrar más impuestos a la fracción más rica de la población para mejorar, a través del Estado, el ingreso de la fracción más pobre (de esto se trata, en definitiva, el ejercicio redistributivo) se ataca como impracticable, aduciendo que la mayor imposición no haría más

que reducir los incentivos para agrandar la “torta” que se pretende redistribuir. Es lo contrario, se dice, lo que la “ciencia” de la economía manda a hacer a los gobiernos, la mayoría con enormes deudas públicas, llamados a diseñar una “sana” política de “austeridad” que, a través de la disminución más o menos drástica del gasto público (que en todos los países del mundo se dirige mayoritariamente a la provisión de bienes y servicios para la población económicamente menos favorecida), permita bajar la “presión tributaria” que se ejerce sobre los económicamente más poderosos. Este es el contexto en el que aparece el libro de Gabriel Zucman, dirigido a mostrarnos, de manera breve pero a la vez muy completa, lo que dice en su subtítulo: “cómo funcionan los paraísos fiscales y qué hacer con ellos”.

Recientemente traducido al español, el libro de este economista francés se ubica entre los que, frente a grandes problemas que enfrenta el funcionamiento de las economías de mercado, buscan soluciones que ayuden a “salvar” el sistema capitalista. Así como Keynes tenía esta meta cuando propuso sus políticas económicas pensadas con el fin de superar la interminable crisis económica mundial que irrumpió a finales del año 1929, Gabriel Zucman se propone mostrarnos que es posible defender una economía de mercado donde el “Estado de Bienestar” no resulte aniquilado, de hecho, por la languidez creciente en el cobro de impuestos que deriva necesariamente de la práctica, devenida habitual entre los

millonarios del mundo actual, de “esconder” su riqueza y sus ingresos en los llamados “paraísos fiscales” con el fin principal de evadir y eludir sus obligaciones tributarias.

Basado en las mejores estadísticas disponibles y en un análisis riguroso de los datos que éstas proveen, la obra de Zucman se centra en tres objetivos igualmente ambiciosos. En primer lugar, se plantea un ejercicio descriptivo, dirigido a mostrar la forma concreta en que se practica hoy la evasión fiscal de las grandes fortunas personales y de las grandes empresas multinacionales. Aparece luego un ejercicio evaluativo que intenta estimar, de manera tan precisa como los datos disponibles permitan, el costo fiscal que esta práctica habitual provoca para el funcionamiento de los Estados involucrados, lo que equivale a evaluar el costo que nos inflige a todos el hecho de que los más ricos del mundo decidan ocultar sus ingresos y su riqueza. Finalmente, en un ejercicio prospectivo, la última parte de la obra se destina a analizar y sugerir, con fundamentos sólidos, maneras muy concretas de ponerle fin a esta situación, por demás injusta y dañina para la salud de la economía mundial. De manera sintética, podemos decir que los tres objetivos propuestos se alcanzan en el desarrollo de este libro, escrito en un lenguaje llano y alejado de todo tecnicismo económico que dificultaría gravemente la lectura por parte de los “no economistas”.

La primera parte de la obra, en un capítulo titulado “un siglo de finanzas

offshore”, se ocupa de la descripción de la forma concreta en que se realiza la gestión de grandes fortunas en miras de evadir obligaciones fiscales. Se trata de un muy claro resumen histórico que comienza con el caso emblemático de Suiza, que muestra cómo la Confederación Helvética se convirtió, y sigue siendo, la plaza mundial más importante para la administración poco transparente de fortunas privadas. Suiza no está, por supuesto, sola en esta tarea; a partir de la década de 1980, la liberación de los mercados financieros británicos convirtió a la “city” de Londres en un partícipe clave de este entramado, a la par que se asiste en esa misma década a la proliferación de nuevos centros con visos de “paraísos fiscales”: Irlanda, las Islas Caimán, Hong Kong, Singapur, Jersey, Luxemburgo, Bahamas, Puerto Rico, Panamá, etcétera, etcétera. Desde entonces, mediante trasposos sencillos de anotaciones contables y funcionando en una enorme red de filiales interconectadas, todos estos paraísos fiscales, más que competir, actúan como un sistema mundial único.

En la raíz misma de este fenómeno aparece, según el autor, “una de las grandes reglas del capitalismo: cuanto más se asciende en la escala de las fortunas, tanto más importante es la parte del patrimonio financiero y, en su seno, la de las acciones y los títulos que confieren la propiedad de los medios de producción, el auténtico poder económico y social” (p. 63). A la enorme concentración de riqueza financiera que detentan las

grandes multinacionales y los grandes millonarios del mundo actual, los paraísos fiscales brindan un “servicio” cuya demanda se asienta en tres pilares: el secreto bancario, la opacidad financiera y la ausencia de un control efectivo de cumplimiento de las normas internacionales pactadas por estos paraísos fiscales.

El secreto bancario constituye el pilar más importante sobre el que se asienta el funcionamiento entero de esta gestión de fortunas que facilita el fraude de los ultra ricos. Sobre esta base, el dinero no se evapora de manera aleatoria, sino que se acomoda a un esquema fiscal muy simple y preciso. En los paraísos fiscales, los bancos privados guardan en depósito la cartera de acciones y obligaciones de los clientes extranjeros, recolectan dividendos e intereses y brindan asesoramiento sobre inversiones. Y puesto que no intercambian esa información con las agencias fiscales extranjeras (en esto consiste el secreto bancario), ofrecen un servicio muy requerido por sus clientes: la posibilidad de no pagar impuesto alguno en su país de origen sobre los valores que depositan en estos Bancos. Se consume de esta manera una evasión fiscal de los más ricos que atañe a impuestos que se basan en las ganancias, en el patrimonio, en la riqueza y en las sucesiones, lo que impide de hecho el funcionamiento de un diseño impositivo con carácter progresivo. Y, en palabras del autor, “sin impuesto progresivo no existen recursos para distribuir la riqueza —aunque sea en un grado mínimo—, asegurar la igual-

dad de oportunidades y construir un Estado social” (p. 78).

Son conocidos los intentos por poner fin al secreto bancario por parte de los países más desarrollados, empezando por lo que el autor del libro llama “la farsa del intercambio a pedido”, que obliga a un país que pide información fiscal a otro que acompañe el pedido con pruebas concretas de la existencia de algún delito (esto termina en una “suprema ironía: la política del intercambio a pedido no puede funcionar si no se recurre a información obtenida al filo de ilegalidad”, p. 82). En la actualidad, a pesar de que numerosos paraísos fiscales han firmado una convención de la OCDE sobre asistencia mutua en materia fiscal entre los países acordantes, esta convención no es vinculante y se reduce, en buena medida, a una mera declaración de buenas intenciones.

La opacidad financiera es la mayor barrera que impide, de hecho, el intercambio automático de información fiscal contenida en los grandes Bancos de los paraísos fiscales. Una aplastante mayoría de las cuentas allí radicadas actúan bajo la forma de sociedades pantalla (o testaferreros), trusts o fundaciones que tienen como objetivo común la búsqueda “creativa” de desconectar la riqueza de sus propietarios (“son muchísimos los ardides jurídicos que permiten a los más ricos simular haber abandonado el control de sus fortunas, si bien en la práctica lo conservan”, p. 85). Lo que resulta de todo este ingenio jurídico puesto en función de la opacidad financiera de las grandes fortunas

constituye una verdadera “estructura de disimulo” sobre la que opera un ominoso y costosísimo “mercado de engaños” (p. 95).

En cuanto al ejercicio de cuantificación de este fenómeno global de evasión masiva a través de una nutrida red de paraísos fiscales, el libro ofrece estimaciones de distinta escala, fundadas todas sobre estadísticas oficiales confiables y cálculos verificables. Nos enteramos, por ejemplo, que un país como Suiza no depende económicamente, contrariamente a una idea muy difundida, de la opacidad financiera (de la que obtiene una contribución apreciable, pero no vital). No pasa lo mismo con micro estados como el Gran Ducado Luxemburgués, donde la propia soberanía fue prácticamente comercializada a los grandes Bancos administradores de riqueza escondida. Las cuentas nacionales de países enteros, como Irlanda, están gravemente distorsionadas por las imposturas de empresas multinacionales que localizan aquí su sede (sus asientos contables) en búsqueda de ventajas impositivas, provocando resultados nominales exorbitantes que nada tienen que ver con la economía “real” del país. Analizando el caso de su propio país, el economista francés estima una pérdida para el fisco provocada por las fortunas que los franceses guardan en estos paraísos fiscales de unos diecisiete mil millones de euros por año. A escala mundial, “el fraude de los ultra ricos cuesta cada año 130.000 millones de euros a los Estados del mundo entero” (p.63). Este último monto

surge de la pérdida de ingresos fiscales provocada por un patrimonio financiero de cerca de seis billones de euros depositado en cuentas radicadas en paraísos fiscales.

Finalmente, bajo el título “¿Qué Hacer?”, el último capítulo del libro se centra en propuestas precisas y viables que sirven para diseñar políticas capaces de luchar efectivamente con esta práctica fraudulenta masiva. Apelando a la historia del pensamiento económico, señala Zucman que “se trata, en lenguaje económico, de una externalidad negativa. La solución a este problema se conoce gracias a los trabajos del economista inglés Arthur Pigou: imponer una tasa equivalente a las pérdidas sufridas por los países extranjeros” (p. 103). Ya antes, nuestro autor había manifestado con toda claridad que, “creer que los centros offshore van a renunciar espontáneamente a administrar las fortunas de los ultra ricos sin que medie la amenaza de sanciones concretas, constituye una ingenuidad culpable” (p. 85).

Con el fin de recoger y centralizar la información necesaria, “el objetivo número uno, y una de las propuestas centrales formuladas en este libro, es crear un registro financiero mundial, que por sí solo estará en condiciones de hacer funcionar el intercambio automático de información. ¿De qué se trata? Sencillamente, de un registro que indique quién posee el conjunto de los títulos financieros en circulación, las acciones, las obligaciones y las partes de los fondos de inversión de todo el mundo” (p. 118). Este re-

gistro financiero, que no es en modo alguno una utopía, va a la par de la instauración de un impuesto global al capital, retenido en la fuente y reembolsable a los propietarios de los títulos una vez que los declaren en su país. Este impuesto mundial busca terminar con la opacidad financiera puesto que “destruye toda justificación para las sociedades pantallas, los trusts, las fundaciones, los testaferros y todas las técnicas imaginables de disimulo” (p. 125).

En la Argentina de hoy, buena parte de los funcionarios más encumbrados del gobierno nacional, comenzando por el propio Presidente del país, tuvieron que admitir, frente a pruebas irrefutables, la práctica habitual de operar copiosamente en distintos paraísos fiscales, sin que medie ningún reconocimiento, por parte de ninguno de estos funcionarios, de haber cometido falta alguna. Mucho conviene en este país leer este libro de Gabriel Zucman, que se empeña en mostrar, con argumentos muy convincentes, que “la lucha contra los paraísos fiscales es mucho más que una cuestión técnica. Con el registro financiero y el impuesto sobre el capital, los Estados podrán recobrar parte de la soberanía que se dejaron robar, y frenar la explosión de las desigualdades patrimoniales” (p. 126).

Hugo D. Ferullo

Instituto Superior de Estudios Sociales
(ISES, UNT - CONICET)

BARRAL, María Elena (2016): *Curas con los pies en la tierra. Una historia de la Iglesia en la Argentina contada desde abajo*, Buenos Aires, Sudamericana, 292 páginas.

CURAS con los pies en la tierra es un libro de historia para el gran público. A través de diez biografías de curas, María Elena Barral lleva al lector a recorrer más de doscientos años de historia, desde los tiempos coloniales hasta la actualidad. Los protagonistas de esta obra son sacerdotes que, lejos de haber despuntado en la gran historia nacional, se mantuvieron invisibles para la historiografía y, salvo algunas excepciones —como la del cura Brochero—, sus nombres no trascendieron más allá de los límites de las comunidades en las que se desempeñaron. Sin embargo, tal como lo demuestran los distintos relatos que reúne el libro, la mirada centrada en este actor del mundo eclesiástico abre una puerta fructífera para la comprensión de la historia de la Iglesia católica, de la sociedad y la política en Argentina. En efecto, las trayectorias de estos curas tienen como denominador común su participación, con mayor o menor intensidad, en la arena política y social.

El análisis sigue una perspectiva “a ras del suelo”, expresión acuñada por el reconocido historiador francés Jaques Revel que refiere a una forma particular de abordar el estudio de la historia, en la que las subjetividades de los actores, sus decisiones cotidianas y sus redes de relaciones, cobran importancia para explicar la dinámica

de lo social. Con maestría, la autora presenta un relato en el que conjuga distintas escalas de análisis. Las experiencias de vida de los curas tienen, en algunos casos, una profunda inscripción local y sus derroteros no pueden comprenderse sin la observación a esa escala. En otras, vemos a los protagonistas actuar en la alta política o participar —desde un lugar casual o con un rol trascendente— en los “grandes acontecimientos” de nuestra historia. Escrito en un tono ameno y atrapante, el libro reúne, de este modo, las virtudes del género de la biografía histórica, al poner al actor social en el centro de la escena, revalorizar su experiencia subjetiva, analizar su mundo relacional y prestar atención al acontecimiento y la coyuntura. Pero al mismo tiempo, remite a la incidencia de la escala global en esas distintas trayectorias, las que nos ofrecen otra mirada de los “grandes problemas” de la historiografía, como la relación de la Iglesia y el Estado y los vínculos entre religión y política.

La perspectiva elegida por Barral permite descubrir los múltiples roles que asumieron los sacerdotes en distintas épocas y diversos escenarios. Por ejemplo, en el área rural pampeana durante el periodo colonial, los curas párrocos ejercían —además de sus tareas pastorales— funciones policiales y judiciales ante la falta de autoridades en esa región. En otros momentos, estos se comprometieron en la gestión de obras para sus comunidades, convirtiéndose en pragmáticos negociadores frente a las autori-

dades políticas, locales y nacionales. Y hasta movilizaron a sus feligresías para intervenir en actos eleccionarios. En ese sentido, el estudio de los curas es abordado desde su rol de mediadores. Tal como los define la autora, estos fueron intermediarios especializados que establecieron puentes entre sus comunidades y las autoridades —eclesiásticas y políticas—, entre lo sagrado y lo profano, entre el mundo de los de “arriba” y los de “abajo”.

El libro se estructura alrededor de diez capítulos, una introducción y una conclusión en la que se reflexiona, desde un punto de vista original, sobre los vínculos entre los curas y la política en la historia argentina. Los dos primeros capítulos abordan las historias de Fernando Quiroga y Taboada y Juan Francisco de Castro y Careaga, curas párrocos que se desempeñaron en territorio entrerriano y pampeano respectivamente, a fines del periodo colonial. A partir de sus trayectorias, y de los conflictos que protagonizaron en sus parroquias en los que se involucraron desde autoridades políticas locales a un sector de sus feligresías, se analiza el complejo rol de la Iglesia en la sociedad colonial. El amplio conocimiento de la autora sobre esa problemática se ve reflejado en ambos capítulos, principalmente en la densidad con la que se da cuenta del contexto de inserción de esos curas, de su mundo de relaciones y de los modos en que construyeron sus liderazgos comunitarios. Así lo demuestran también los capítulos subsiguientes, que abordan la vida de Julián Navarro, signada por

la revolución de 1810, y la de Julián Faramiñán, un cura que se alistó del lado de los unitarios. En ellas es posible advertir las transformaciones que afectaron el rol mediador de los curas tras el proceso revolucionario. En ese nuevo escenario político-institucional, los sacerdotes ejercieron nuevas funciones, se sumaron a la lucha política y recurrieron al repertorio ideológico de la época para justificar sus acciones y disputar espacios de poder. Tal como lo muestra la sorprendente trayectoria de Navarro, destacado arrendador y político que legitimó la guerra contra España desde el púlpito y en el campo de batalla, y participó de acontecimientos emblemáticos como la bendición de la bandera ideada por Belgrano o el cruce de los Andes emprendido por el ejército de San Martín, en su rol de capellán militar.

A diferencia de Navarro, los casos de Gabriel Brochero —canonizado recientemente— y de Jorge María Salvaire —impulsor de la construcción de la basílica de Luján—, revelan un perfil de sacerdocio vinculado estrechamente a su comunidad. Sobre ellos tratan los capítulos 4 y 5. Sus historias, desarrolladas entre fines del siglo XIX y principios del XX, se enmarcaron en un contexto muy distinto al de sus antecesores. Su situación se vio complejizada frente a la presencia de un poder estatal y eclesiástico formalizado, con lo cual Salvaire y Brochero estuvieron lejos de desplazarse tan libremente como lo hicieron sus pares unos años antes, y sus decisiones debieron ser negociadas con la jerarquía eclesiástica. Fue especialmente

la historia del cura Brochero la que representó una bisagra en la historia de la Iglesia y la sociedad argentinas: su figura cabalgó entre el antiguo orden y la modernización, entre la política notabiliar y la ley Saénz Peña, entre el gobierno de los conservadores y los radicales. Brochero fue un cura “civilizador”, el “cura gaucho” de Traslasierra que buscó tenazmente llevar el “progreso” a su comunidad. Tal objetivo, en especial el de llevar el tren a esa región, lo convirtió en un verdadero mediador político, conocedor de su territorio y de las demandas de su población.

El capítulo 7 aborda de una historia particular en la que los curas ocuparon un lugar secundario y los laicos fueron los principales protagonistas. Este analiza el experimento social llevado a cabo en Villa Flandria por Jules Steverlynck, un católico belga llegado al país en la segunda década del siglo XX. Comprometido con el catolicismo social, Steverlynck encontró un clima propicio para montar en su fábrica algodonera una experiencia paternalista, sustentada en los postulados de la *Rerum Novarum* que por entonces se difundían ampliamente entre las organizaciones del laicado católico. Sin embargo, esta experiencia se vio conmovida en sus cimientos con la irrupción del peronismo y la primera huelga que organizaron los obreros fabriles. En efecto, el peronismo representó un movimiento de fuerte intensidad política que dividió las aguas en la Iglesia. De este modo, en una etapa donde se manifestó con efervescencia la acción colectiva, las

directivas de la jerarquía eclesiástica tendientes a despolitizar la acción de los párrocos encontró sus límites. El octavo capítulo aborda esa problemática a partir del análisis de las trayectorias de dos curas radicados en el área azucarera de la provincia de Tucumán, donde los obreros de la agroindustria adhirieron masivamente al nuevo movimiento político. Ángel Díez y Menéndez y Simón Pedro Lobo fueron sacerdotes con una marcada definición política. En los homenajes fúnebres a Eva Perón afloraron las tensiones en la comunidad derivada de la identificación o del rechazo al peronismo por parte de ambos sacerdotes. En este punto, la mirada “desde abajo” que propone el libro muestra su potencialidad al permitir revisar uno de los “debates clásicos” de la historiografía como es la relación de la Iglesia y el peronismo. El capítulo muestra a los actores eclesiásticos insertos en sus comunidades, en conflicto con ellas y con las autoridades eclesiásticas. Desde esa perspectiva, la segunda parte del capítulo cuenta la historia de Hernán Benítez, una figura relevante para la historiografía por su influencia en el gobierno y su cercanía a Eva Perón. Sin embargo, Barral reconstruye una experiencia no tan conocida: la fundación a cargo de Benítez de un “templo justicialista” en el barrio Presidente Perón, hoy barrio de Saavedra en Capital Federal. De ese modo, entre Tucumán y Buenos Aires, el relato da cuenta de los innumerables puntos de encuentro entre el catolicismo y el peronismo.

El noveno y penúltimo capítulo aborda la historia de José Piguillem, en la que se entrecruza su trayectoria individual con la del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). Este relato, que reconstruye la vida del Padre Pepe en la parroquia de Moreno, revela uno de los modos en que la práctica pastoral de los curas se transformó en el marco de la renovación conciliar de los años sesenta. Leída desde la perspectiva “a ras del suelo”, la acción político-pastoral de los curas tercermundistas presenta matices y viene a ampliar y complejizar una historia que priorizó el estudio de los documentos elaborados por ese colectivo —y sus debates ideológicos— por sobre los vínculos con sus feligresías locales, como los dilemas y tensiones que atravesaron su acción cotidiana. Fundado en estrecha conexión con el MSTM, el Grupo de Curas en la Opción por los Pobres es objeto de análisis en el décimo y último capítulo. La autora toma tres momentos emblemáticos en la trayectoria del grupo al analizar los primeros encuentros que le dieron origen a mediados de la década del ‘80, y los homenajes llevados a cabo en 1996 —conmemorando los veinte años del asesinato de Enrique Angelelli— y en 2016 —cuando se cumplieron cuarenta y dos años del asesinato de Carlos Mujica. De alguna manera, el ideario de los homenajeados marcó el camino seguido por este grupo de curas.

Desde un relato cuidado y atractivo, María Elena Barral pone en manos del lector un libro original que

invita a ser incursionado desde diversos ángulos. Los relatos recorren la experiencia de vida de una parte del clero y nos acerca a los modos de “ser cura” en distintos tiempos y lugares. Pero también su lectura se vuelve fundamental para entender la transformación de los vínculos entre clero, sociedad y política a lo largo de más de doscientos años.

Lucía Santos Lepera

Instituto Superior de Estudios Sociales

(ISES, UNT - CONICET)